

La Enseñanza.



REDACCION.

REVISTA AMERICANA DE INSTRUCCION Y RECREO.

Señorita Angela Lozano.
Manuel Orozco y Berra.
Hilarion Frias y Soto.
Manuel Peredo.

EDITOR PROPIETARIO, N. CH.

EL ALBUM DE LOS NIÑOS.

DUBLAN & C^o, impresores.

AÑO V. }

MÉXICO, DICIEMBRE 15 DE 1875.

{ NUM. 98.

CONVERSACIONES

SOBRE

LAS OBRAS DE DIOS

Y LAS

BELLEZAS DE LA NATURALEZA.

CONVERSACION CUARTA.

GRUTAS.—CASCADAS.—CATARATAS.

En una deliciosa mañana de primavera, un pequeño grupo de amigos caminaba por una senda recientemente trazada en las roqueñas vertientes de una escarpada montaña. Este camino, no terminado aún, cortado en algunos parajes por los enormes trozos de piedra que la acción del salitre había separado de sus antiguos asientos, y obstruido en otros por los montones de tierra que las últimas lluvias habían formado, seguía la dirección de un sombrío y estrecho valle, en cuyo fondo corría un rápido arroyuelo. Sus aguas, vivas, abundantes, frías

como el hielo y claras como el mas puro cristal, rodaban bajo la verde bóveda formada por los juncos y las espadañas. El aliso de lustrosas y brillantes hojas, y el sauce, de lánguidas ramas, alternaban con los altos álamos, que alzaban sus blancos y esbeltos troncos, semejantes á las flechas elegantes de una iglesia gótica ó á los mástiles de un buque.

Pronto dejaron nuestros viajeros este camino, torcieron á la izquierda, y empezaron á subir una pendiente tan difícil y áspera, que habria parecido impracticable á cualquiera que no fuese habitante de la montaña. Sin embargo, por ella subia, á paso lento pero seguro, una pacífica y prudente cabalgadura, que llevaba á una mujer y á una niña de seis á siete años. La manera con que aquellas dos amazonas se habian colocado sobre su mansa caballería, anunciaba la mas completa ignorancia del arte de la equitacion. El aire de seguridad, de indiferencia con que hablaban, cantaban y reian, siguiendo aquel peligroso camino, anunciaba, ó una confianza sin límites en la inteligencia del paciente Bucéfalo, ó un completo desprecio de la vida..... No!..... Un hombre de fisonomía noble, dulce, de distinguido porte, de modales llenos de gracia y de dignidad, caminaba á pié al lado del caballo, guiándolo con la voz y con el gesto, y pronto á coger las riendas

al primer mal paso, ó á la menor apariencia de peligro.

La tierna solicitud impresa en las expresivas facciones de M. de Montrol (era su nombre); el amor que brillaba en sus miradas cuando las fijaba en la niña de que hemos hablado; las apasionadas inflexiones de su voz cuando la dirigia la palabra, decian claramente que aquella niña era su hija, su hija única y adorada, el solo objeto en que se reunian todas las afecciones de un corazon sensible y profundamente sufrido.

Dos criados y varios caballos los seguian á alguna distancia. La conversacion de nuestros tres viajeros era un tanto infantil, pero muy animada.

Valeria.—¿Cuándo acabamos de llegar á la cascada, papá?

M. de Montrol.—Pronto, hija mia. Dime entretanto lo que has leído en italiano.

Valeria.—La descripcion de las cascadas de Tívoli.

M. de Montrol.—Pues veamos lo que me dices de ellas.

Valeria.—Le diré á vd., papá..... ¿Por dónde empiezo?... Vamos, Tívoli es un paraje cerca de Roma. En otro tiempo se llamaba Tibur, y el camino que á él conduce *vía Tiburtina*: está embellecido por mo-

numentos y ruinas interesantes. Después de haber subido montes muy escarpados, se llega á un sitio donde atrae la atención un templo antiguo. Cerca de allí, se halla el río llamado hoy el *Teverone*, y en otro tiempo el *Anio*, el cual se precipita desde una grande roca sobre otras que están mas bajas, y forma así una magnífica cascada. Rompiéndose ésta sobre las rocas de abajo, se divide en varias corrientes que forman otras tantas cascadas pequeñas, á las que los italianos llaman *cascatelles*. Se dice que todas estas aguas, con su rumor, su espuma, el hermoso cielo que las cubre y el delicioso paisaje que las circunda, producen un efecto encantador que los viajeros no se cansan de admirar.

Elvira.—Supuesto que así te enteras de lo que lees, amiga mía, mañana continuaremos. Ya verás la descripción de lo que dá á la antigua Tibur sus encantos y sus recuerdos. Allí estaban en otro tiempo la *villa* del mejor de los poetas de la imperial Roma, y la de su fiel amigo. Algo mas lejos, hácia el sud, estaba el faustoso retiro de Adriano, donde la columna de Corinto se alzaba al lado del obelisco de Memphis, donde se encontraba frente á frente el siglo de Sesostris y el de Pericles, donde brillaban las obras maestras de todos los tiempos y de todos los países.

M. de Montrol.—Olvidemos esos clásicos recuerdos, *Elvira*; olvidemos los prodigios del poder y los de las artes, para admirar los de la naturaleza. Os he hecho venir por este penoso camino para proporcionaros una sorpresa agradable.... Dad algunos pasos hasta el ángulo de esa roca... mirad ahora: mira, *Valeria* mía!

Valeria.—¡Ay, papá, cuánta agua! ¡Cómo cae! ¡cómo brilla! ¡Oh! ¡qué hermoso es esto! Este es nuestro Tívoli!

Nuestras dos viajeras echaron pié á tierra: estaban frente á la principal de las tres cascadas de *Salles-la-Source*.

M. de Montrol y sus dos compañeras, después de haber contemplado la brillante onda de la cascada, pasaron por debajo de la cortina transparente que forma á la entrada de la gruta, y penetraron en el fresco y encantador reducto. Allí, á petición de *Valeria*, fueron puestos sobre un fragmento de roca, al cual la naturaleza había dado la configuración de una mesa, algunos manjares rústicos pero deliciosos: un pan moreno de delicado sabor; unas tortas sin levadura muy apreciadas en el país; fresas de los collados vecinos; miel recogida en el tronco de una vieja encina, y cuyo color de oro y exquisito perfume recordaron á *M. de Montrol* la de la *Tesalia*. En fin, para que nada faltase, un vino agradable de color rosado se mezcló, en vasos de ébano, al agua de la cascada. Y ¿cuál era la sala del festín? La que la naturaleza se había encargado de adornar en derredor con petrificaciones que representan sítiales, medias columnas, candelabros; en la bóveda, con las que imitan pájaros, flores, arabescos; y como puerta, la deslumbradora cortina de transparente cristal, que el sol coloraba en aquel momento con los mas ricos reflejos.

—Esta linda gruta, digo *M. de Montrol*, me recuerda muchas de las que he visto en Suiza ó Italia durante mis primeros viajes.

Valeria.—Háblenos vd. de eso, papá.

M. de Montrol.—Recuerdo entre otras la caverna de *Balme*, á la entrada de la *Saboya*. Para llegar á ella, se ha abierto en la roca viva una senda de doscientos piés de longitud, que dá vueltas, replegándose sobre sí misma, de manera que no se le ve desde el valle sobre el cual se halla, y que la gruta, situada á una grande altura en la vertiente casi perpendicular de la montaña, parece completamente inaccesible. Sin embargo, se llega á ella en ciertas épocas del año, y se encuentra á la puerta una verja de hierro cerrada con llave.

Valeria (con tono de despecho).—Miren mi papá! después de hacer que lo siga con la mayor impaciencia me lleva á estrellarme contra una verja de hierro!

M. de Montrol.—Tranquílcese vd., impacientuela! la verja vá á abrirse mediante una propina de tres francos que vamos á dar al inquilino de la gru-

ta, que la alquila al gobierno sardo en ochocientos francos cada año. Al entrar, al lado de la puerta, se halla una espaciosa sala, que recibe luz por una ancha abertura, la cual nos permite dirigir nuestras miradas hácia el pintoresco valle por donde el Arve tiene su sinuosa carrera. En medio del salón se ve un árbol que lo tapiza con su follaje, y que alarga sus ramas para buscar el aire por la abertura como el cautivo por la ventana de su prisión. Pasemos ahora á la galería principal. A la luz humeante de las antorchas, la veremos ensancharse, estrecharse, elevarse ó bajarse: allí es menester arrastrarse para poder pasar; aquí una bóveda de seiscientos piés de elevación cubre una magnífica sala, donde los mármoles de los mas variados colores forman el artesonado, donde los mas brillantes cristales afectan las formas mas extrañas y agradables. Después de haber recorrido otras galerías, y admirado otros compartimientos, separados entre sí por paredes de estaláctitas, se llega al borde de un pozo que tiene, según dicen, seiscientos piés de profundidad: se halla en el centro de esta grande excavación, á la cual dan los guías del país diez leguas de largo. Una parte de ella está ocupada por un lago.

He visto en Irlanda la famosa gruta de *San Patricio*; la del *Perro*, en Italia; en la provincia de *Darlay*, en Inglaterra, una grande y curiosísima caverna conocida con el nombre de *devil's Hole*, palabras inglesas que significan el *Agujero del Diablo*. Sobre este sitio corren multitud de tradiciones supersticiosas y de leyendas espantosas: de él se precipita un torrente, por una abertura que imita la puerta de una iglesia gótica.

En mi viaje á Grecia ví, en la antigua *Acaya*, la cueva de *Trofonio*, célebre en un tiempo por sus oráculos: cuarenta pasajes subterráneos, que conducen todos á una galería principal, atraviesan en varias direcciones la montaña.

Sería muy largo enumerarte todas las cavernas que he visitado en mis lejanas peregrinaciones. En las montañas volcánicas, en los sitios que producen el azufre, en las comarcas sujetas á temblores de tierra, esas excavaciones son numerosas. Estos misteriosos recintos ofrecen un singular interés, inspiran una especie de terror, se les mira como lugares frecuentados por los malos géneos, y se les dan nombres que causan pavor; unos, brillantes como los reflejos de los mas ricos metales, cubiertos de aterciopelado musgo, rodeados de risueños paisajes, solo evocan ideas agradables: la fábula los dá como asilo de pastores, de ninfas, de divinidades de los bosques. Una cueva sirve de entrada á los *Infiernos*; una gruta, que una viña tapiza con sus verdes pámpanos y sus dulces frutos, era la habitación de *Calipso*; en otra pronunciaba sus oráculos la *Sibila*.

Pero ¿cuánto mas sublimes y poéticas son las imágenes que el Cristianismo presta á estos silenciosos y sombríos refugios! Cubren con su sombra á los santos anacoretas; inspiran sus cantos á *David* y á los otros profetas de *Sion*. Cuando se acercaba el gran día de la Redención del mundo, la gruta de *Getsemaní* oyó los suspiros de agonía, recogió las lágrimas de dolor, el sudor sangriento del *Hombre Dios*. Oh! ¡cuán rico en recuerdos, en sentimientos, en meditaciones, es el que ha visto esas rocas, el que ha visitado esas sagradas cuevas, hija mía!

Valeria.—En sus viajes habrá vd. visto bellas cascadas, ¿no es verdad, papá?

M. de Montrol.—Sí, hija mía; y principalmente en los Alpes. Allí es donde soberbios ríos se precipitan desde la cúspide de las mas altas montañas, y forman en diversos parajes cascadas que hacen enmudecer de admiración al viajero. Unas caen en menuda lluvia sobre fértiles y frescos valles, otras se estrellan con estrépito contra angulosas rocas, ó se pierden en profundos abismos.

Valeria.—Vd. habla con frecuencia de los Alpes, papá. ¿Es muy bonito ese país?

M. de Montrol.—Es una comarca donde todo es imponente y grandioso: los montes de formas indecisas, de cimas que se pierden en las nubes; las rocas de flancos cavernosos; los árboles de frente secular mil veces heridos por el rayo. Pero las aguas son, á mi parecer, la mas bella decoración de ese

sublime teatro. Ora endurecidas y condensadas en transparentes hielos, sirven de espejo al brillante sol de la *Helvecia*; ora pacíficas y perezosas, se extienden en espaciosos lagos, y su tranquilo azul descansa muellemente en las llanuras ó en los valles, llevando en dulce movimiento las barcas de los gloriosos hijos de *Tell*. Mas allá, torrentes prodigiosos, atronadoras cataratas, ruedan de roca en roca, con fragor horrible, estrellándose y reduciéndose á blanca espuma, á húmedo polvo, ó á ligero y flotante vapor.

Pero las mas bellas cascadas del universo las he visto en América. Son las del *Niágara*.

Valeria.—¿Qué es *Niágara*, papá?

M. de Montrol.—Un gran río que corre en una parte de la América llamada el *Canadá*. Este río nace del lago *Erié* y desemboca en el lago *Ontario*. En su curso, que es de diez leguas, forma tres cataratas, y la principal de ellas, conocida con el nombre de *catarata de la herradura*, excede á cuanto la imaginación puede figurarse de magnífico en este género. Tiene mas de un cuarto de legua de longitud, y cae perpendicularmente de una altura de ciento sesenta piés, en medio de un velo diáfano de vapores semejantes á una ligera nube, y con la impetuosidad y estruendo del rayo. En la parte de abajo, el río salta y se arremolina de una manera que causa espanto. Encima de la catarata se despliega un brillante arco iris, el cual parece mudar de sitio á medida que el espectador se aproxima ó se aleja.

Valeria.—¡De buena gana vería yo eso! ahora quiero yo estar tan cerca de esa cascada como lo estamos de esta!

M. de Montrol.—Las cosas de este género se encuentran principalmente en los países en que los hombres son poco numerosos y la civilización poco avanzada; porque en semejantes regiones, el terreno es mas desigual que en otras partes, los campos de los ríos ménos encajonados, y su marcha mas irregular. Solo limpiando los álveos, conteniendo las aguas, y dirigiéndolas á fuerza de trabajos, es como puede conseguirse uniformar la corriente de un río.

Elvira.—En eso gana indudablemente el comercio; mas ¡cuánto no deploran estas invasiones de la industria, el poeta, el viajero, el pintor!

M. de Montrol.—También la industria tiene su poesía, *Elvira*. El interés con que se recorre un establecimiento industrial, es, si no superior, igual al ménos al que se experimenta al ver una de las obras de la naturaleza: causa admiración ver una ciudad donde algunos años ántes solo se veía un terreno negruzco, estéril, inhabitado, y se pregunta uno á sí mismo qué mágico ha tocado con su vara las vertientes abrasadas de la montaña para que hayan salido de la tierra instantáneamente casas, palacios, talleres!

Elvira.—Sí, es verdad: si los hombres no hubiesen desgarrado la tierra para buscar en su seno los minerales mas ó ménos útiles, mas ó ménos preciosos, ignoraríamos una parte de los dones que nos ha hecho la bondad divina.

M. de Montrol.—Y una parte muy esencial por cierto!

Elvira.—Confesaré á vd., sin embargo, que los tesoros encerrados en las entrañas de la tierra excitan mi interés mucho ménos que las riquezas vegetales que cubren su superficie. Una barra de oro ó de plata, una piedra, un mineral cualquiera, no me dirán jamás lo que me dice la mas humilde flor de la pradera, el mas pequeño insecto que surca los aires en primavera.

M. de Montrol.—Cuando se ha estudiado la naturaleza, mi querida *Elvira*, no se puede ménos de confesar que la bondad y la grandeza de Dios brillan en todas sus obras. En el reino mineral, su poder se hace sentir de otro modo, pero no ménos sensiblemente que los otros dos.

Valeria.—Papá, ¿qué significa eso de *reino mineral*?

M. de Montrol.—Los seres de la naturaleza se dividen en tres grandes clases que se llaman *reinos*. El *reino animal* comprende los cuadrúpedos, las aves, los peces, los reptiles, los insectos, en fin, to-

dos los seres que tienen movimiento é instinto, cuya *vida* es poco mas ó ménos semejante á la nuestra, y que tú oyes llamar á cada momento con el nombre de animales; lo cual significa que tienen un alma, aunque no inmortal como la nuestra, sino una especie de inteligencia que nosotros denominamos *instinto*.

El *reino vegetal* abraza los árboles, las plantas, los musgos, las flores, todo lo que *vegeta*, es decir, lo que vive adherido á la tierra. Algunos vegetales están dotados de la facultad de moverse; pero sus movimientos, casi insensibles, son muy diferentes de los de los animales. Hay seres tambien privados al parecer de la locomocion, y que se consideran como pertenecientes al reino animal. Esos son las transiciones de un reino al otro.

El *reino mineral*, en fin, se compone de las piedras, de los mármoles, de los metales, de todos los cuerpos que son inertes y cuya vida no podemos percibir, de esos seres que nos parecen desprovistos de toda sensibilidad, y á quienes no se ve como á los animales y á los vegetales, nacer, crecer, reproducirse, languidecer, envejecer y morir.

Valeria.—Yo pienso como Elvira, papá, que el estudio del reino vegetal debe ofrecer mas interes que el de los otros dos. ¿Me gustan tanto las flores!

M. de Montrol.—Pues bien, hija mia! voy á procurarte el placer de que veas algunas muy bellas y muy raras. He pedido permiso al señor conde de Hermat para visitar sus magníficos invernaderos.

Valeria.—¿Cuándo iremos, papá?

M. de Montrol.—Nos esperan mañana. Pero al mismo tiempo deshojaremos algunas de nuestras flores indígenas: merecen ser estudiadas y admiradas tanto como las orgullosas extranjeras á quienes se prodigan tantos cuidados y honores.

Ahora, alejémonos de estos sitios: el sol comienza á declinar, y tenemos que andar una legua larga.

El zorro disfrazado.

(FABULA.)

Un zorro de gran seso y mucha astucia
En cierta corte de un leon servia;
Y aunque desempeñó por largos años
Empresas á su celo cometidas,
Y su prudencia el público alababa,
Ninguna renta ni pensión tenia.
Cansado de servir sin recompensa,
Huyó á una soledad, allí vecina,
En busca de su abuelo, zorro anciano,
Que habia sido gran visir un dia;
Y le contó, con pelos y señales,
El corto premio que alcanzado habian
Sus singulares méritos. El viejo,
Con voz temblona y hueca, aunque tranquila,
—Hijo, le dice, de morir acaba
Cierta tejon, que por materna línea
Era mi primo hermano: yo le heredo,
Y conservo su piel curada y limpia
Para memoria suya. Mi dictámen
Es (y síguelo bien, tal vez te sirva)
Que te la pongas hoy sobre la tuya,
Y que á la corte vuelvas en tal guisa.

Bajó mi zorro joven las orejas;
El cerdoso gaban echóse encima;
Y satisfecha el hambre, hácia la corte
Se vuelve á pié como venido habia.
Pero ¡cuál fué, señores, su sorpresa
Cuando á las seis semanas, no cumplidas,
Se vió con un magnífico equipaje,
Trenes, caballos, siervos, concubinas,
Siempre de aduladores rodeado!
Vaya, que el pobre apenas lo creia.

Pidió licencia, y fuése á dar las gracias
A su querido abuelo, y la noticia
De que era gran visir.—¿No te lo dije?
Exclama el viejo lleno de alegría:
En ciertas tierras, y entre ciertas gentes,
Bueno es que el zorro de tejon se vista.

MANUAL DE URBANIDAD Y BUENAS MANERAS.

CAPITULO V.

DEL MODO DE CONDUCIRNOS EN SOCIEDAD.

ARTICULO VII.

DEL TACTO SOCIAL.

[Concluye.]

XXIV

Cuando la persona con quien hablamos está des-acordada con su familia, es poco tacto preguntarle por ésta, ó hacer en la conversacion alguna alusion que bajo tal respecto pueda ponerla en embarazo.

XXV

Cuando despues de algun tiempo de ausencia, nos encontremos por primera vez reunidos con dos amigos nuestros que lo hayan sido tambien entre sí, no les dirijamos la palabra de manera que los pongamos en la necesidad de hablarse ó entenderse amigablemente, miéntras no observemos que existe entre ellos la misma armonía que ántes de nuestra ausencia. Y evitemos siempre poner en aquel caso á dos personas que sabemos se encuentran des-acordadas, ó á quienes tengamos motivos para creer no les sea agradable el tratarse.

XXVI

Si una persona de poco tacto llegare á ponernos en el caso de dirigir la palabra á otra con la cual estamos mal avenidos, hagámoslo de una manera cortés y afable, pues sean cuales fueren nuestros resentimientos, en aquel acto seria altamente impropia toda muestra de repugnancia ó desabrimiento. Y si nuestro desacuerdo procede de causas de naturaleza grave, y nos costare por tanto un grande esfuerzo el manifestar afabilidad, siempre tendremos el recurso de retirarnos pasado un breve rato.

XXVII

Cuando una persona que nos haya ofendido se dirija á nosotros con el objeto de satisfacernos, mostrémonos con ella delicados, generosos y afables; y si el asunto de que se trate no valiere la pena de entrar en detenidas explicaciones, saquémosla prontamente del embarazo que siempre se experimenta en tales casos, manifestándole que su sola intencion nos deja satisfechos, y excitándola con ingénuo y amistoso empeño á variar de conversacion. Estas consideraciones hácia la persona que expresa el deseo de satisfacer á otra, serán todavía mas esmeradas cuando un caballero haya de tributarlas á una señora.

XXVIII

Ninguna consideracion puede obligarnos á cultivar relaciones que evidentemente hayan llegado á sernos perjudiciales; pero nada nos autoriza tampoco para cortarlas bruscamente, en tanto que nos sea posible contemplar el amor propio de personas de quienes hemos recibido muestras de estimacion y afecto. Cuando nos veamos, pues, en tan penosa necesidad, apelemos á las frias fórmulas de la etiqueta, de que usaremos sin dejar nunca de ser afables; y omitiendo todo acto de familiaridad en el trato con la persona á quien nos importa alejar de nosotros; conseguiremos indudablemente nuestro objeto, sin causarle el sonrojo de manifestárselo por medio de un acto explicito (§ XI, del capítulo I^o)

XXIX

Siempre que una persona incurra á nuestra presencia en una falta cualesquiera, usemos de un discreto disimulo, y aparezcamos como si nada hubiésemos advertido.

XXX

En los círculos donde veamos que se ignoran las reglas de la etiqueta, limitémonos á observar aquellas que sean absolutamente indispensables para

manejarnos con dignidad y decencia: el observar además aquellas que solo tienden á comunicar gravedad y elegancia á los actos sociales, mortificaría á los circunstantes, por cuanto creerian que íbamos á ostentar entre ellos la superioridad de nuestra educacion.

XXXI

La persona que cante ó toque en una reunion, deberá adaptar sus piezas á la naturaleza del auditorio. La música seria y profunda es tan solo propia para los círculos de aficionados; así como la música brillante y alegre, es la única que agrada entre personas que no poseen los conocimientos necesarios para poder gustar de lo mas sublime y recóndito del arte. Y es de advertirse tambien que en uno y otro caso, cuando la reunion no es exclusivamente filarmónica, sino que tiene además por objeto otros entretenimientos, las piezas que se canten ó se toquen deben ser siempre cortas, á fin de que no lleguen nunca á fastidiar al auditorio.

XXXII

Para nada debemos ser mas mirados y circunspectos, que para pedir á otro nos informe de algun hecho que deseamos conocer. El hombre de tacto no hace jamás una pregunta indiscreta, ni se expone al sonrojo de una negativa ó de una respuesta evasiva; y cuando se ve en el caso de inquirir algo, elige las personas á quienes tiene mas derecho de interrogar, y las oportunidades en que sus preguntas han de aparecer mas prudentes y naturales, y por lo tanto mas dignas de ser satisfechas.

XXXIII

Si vemos que una persona intenta hacer algo contrario á su salud, naturalmente procuremos impedirselo, por los medios que nos sugiera el grado de amistad que con ella nos una; mas en tratándose de un hecho ya consumado, abstengámonos de excitar en nadie temores y alarmas, y limitémonos á hacer prudentemente aquellas indicaciones á que estemos llamados, con el objeto de evitar el resultado que sea de temerse.

XXXIV

No digamos nunca á una persona que la encontramos aniquilada ó de mal semblante, ni le preguntemos qué enfermedad sufre, tan solo porque la notemos macilenta ó descolorida, ni le manifestemos hallarla con demasiadas carnes. Para que cualquiera de estas manifestaciones deje de ser una falta de tacto, se necesita que la persona á quien se dirige nos la haya sugerido ella misma de algun modo, y sobre todo que no la acompañemos de sorpresa ni ménos de aspaviento.

XXXV

Evitemos en cuanto nos sea posible el hablar á una persona sobre su edad, y guardémonos de decir á nadie la que creemos representa en su exterior, aun cuando nos excite expresamente á ello. Las conversaciones de esta especie son enteramente ajenas de la buena sociedad, y sobre todo de las personas de fino tacto, las cuales saben siempre contemplar los inocentes caprichos y debilidades del corazon humano.

XXXVI

Delante de personas de edad muy avanzada no se atribuye jamás á la vejez una enfermedad cualquiera de que se trate; ni hablando de un enfermo, se dice que no podrá restablecerse porque sus años han gastado ya sus fuerzas; ni se emite, en fin, ningun juicio que directa ó indirectamente tienda á presentar á la ancianidad como excluida de ciertos actos, goces y costumbres de la vida social, ni como llamada á un género especial de vida, ni mucho ménos como cercana al sepulcro.

XXXVII

Cuando una persona tome equivocadamente para sí y manifieste agradecernos un saludo, una expresion atenta, ó cualquiera otra demostracion obsequiosa que en sociedad dirijamos á otra persona,

guardémonos de sacarla de su error, y mostremos por el contrario, con toda naturalidad, que era á ella á quien nos habíamos dirigido.

XXXVIII

La amistad suele imponernos el penoso deber de comunicar á una persona un acontecimiento para ella desgraciado; y si no procedemos en esto con suma delicadeza, si no procuramos atenuar la fuerza de sus impresiones por medio de precauciones juiciosas y oportunas, la entregaremos á toda la vehemencia del dolor y acaso añadiremos á sus sufrimientos morales el quebranto de su salud. Para dar una noticia fatal procuremos preparar gradualmente el ánimo de la persona que ha de recibirla, y, si no nos es imposible, valgámonos de algunos de sus deudos, que son siempre los mas llamados á ejercer estos tristes oficios, y los que pueden hacerlo de una manera mas prudente y oportuna.

XXXIX

Guardémonos de dirigirnos á una persona, por muy amistosa que sea nuestra intencion, á pedirle informes ni hablarle de ninguna manera sobre una desgracia que sabemos acaba de acontecerle, mientras no estemos seguros de que ha llegado ya á su conocimiento; á no ser que seamos nosotros mismos los llamados á participársela, pues entonces nos apresuraremos á llenar nuestro deber, de la manera que queda indicada en el párrafo anterior.

XL

Jamás entremos con nadie en detenidas discusiones sobre aquellas materias en que los hombres profesan generalmente opiniones sistemáticas, en las cuales permanecen siempre y aun llegan á aferrarse. Las personas de tacto no solo respetan las opiniones de todas las demas personas, sino que, para ser siempre agradables en su trato, omiten el defender las suyas propias, cuando alguno las ataca sin una intencion ofensiva y maligna; á ménos que un ministerio legítimo las llame á sostenerlas y propagarlas en cumplimiento de un deber profesional y de conciencia. Rara será la ocasion en que la tolerancia no sea en estos casos el mejor partido, y mas rara todavía aquella en que la controversia no deje en los ánimos un rastro de malevolencia, ó por lo ménos de desabrimiento.

XLI

A la persona que se dispone á emprender un viaje, no se le hacen encargos que puedan causarle incomodidades, sino cuando se tiene con ella una íntima confianza, ó cuando se trata de un asunto muy importante y no puede emplearse otro medio para lograr lo que se desea. El que pretende que una persona se encargue de conducirle á otro punto un objeto cualquiera, no debe creer justificada su exigencia por la sola circunstancia de que éste sea poco voluminoso; pues fundados en esta razon podrian otros muchos amigos creerse autorizados para hacerle iguales encargos, y nada hay mas embarazoso y desagradable que la conduccion de un lugar á otro de diferentes objetos ajenos, para ocuparse luego en la penosa tarea de ponerlos en diferentes manos. En cuanto á enviar cartas con la persona que va de viaje, cuando existe una vía pública y segura de comunicacion, sin que á ello obligue una necesidad justificada, esto no solo es indiscreto é inconsiderado, sino que incluye además el mezquino propósito de ahorrar un gasto insignificante.

XLII

Sometámonos á todas aquellas privaciones que no nos acarreen graves perjuicios en nuestros intereses, ántes que pedir prestados á nuestros amigos los muebles, libros ú otros objetos que tengan destinados á su propio uso, especialmente cuando este uso sea diario y constante, y no puedan fácilmente reemplazar lo que nos presten. El hombre de tacto no pide jamás á su amigo aquello que éste mas aprecia, aquello en que particularmente se recrea y se complace, aquello que con el uso ó al pasar á otras manos puede sufrir algun daño ó desmejora.

XLIII

Cuando tengamos que entregar dinero á una persona por remuneracion de su trabajo, y sea de temerse que este acto pueda en alguna manera causarle pena, no se lo entreguemos delante de un tercero, y, si es posible, valgámonos para ello de un niño ó de un doméstico. Esta consideracion debe guardarse muy especialmente á las personas que, habiendo gozado de alguna comodidad, han caido en desgracia y han tenido que apelar á una ocupacion cualquiera que les proporcione el sustento.

XLIV

No nos pongamos nunca innecesariamente en actitudes peligrosas cuando nos encontremos con otras personas y especialmente con señoras. Los actos de esta especie producen sensaciones mas ó ménos desagradables, y cuando se ejecutan con ánimo de ostentar destreza, agilidad ó valor, revelan además un carácter poco elevado y circunspecto.

XLV

Nada hay en sociedad mas delicado ni que necesite de mas fino tacto que el uso de las chanzas. Ellas sazonan á veces la conversacion, amenizan el trato, y aun llegan á ser pequeñas demostraciones de aprecio y de cariño; pero, sea dicho en puridad de verdad, la naturaleza no ha concedido á todos aquella discrecion, aquella delicadeza, aquel tino que en tan alto grado se necesita para que ellas sean verdaderamente aceptables; y no siempre basta poseer una buena educacion, ni estar animado de la intencion mas sana y amistosa, para saber dirigir chanzas tan finas y oportunas que dejen de ser bajo algun respecto desagradables ó mortificantes. Las personas que no poseen este don especial deben abstenerse severamente del uso de las chanzas: por omitirlas ninguno experimentará jamás un desagradado; por dirigirlas no será raro ver que se turben las mas sólidas y mas antiguas relaciones de amistad.

XLVI

Las chanzas no pueden usarse indiferentemente con todas las personas ni en todas ocasiones: ellas son privativas de la confianza, y enteramente ajenas de la etiqueta: rara vez es lícito á un hijo usarlas con sus padres, á un inferior con su superior, á un jóven con una persona de edad provecita: en ningun caso son oportunas en círculos serios, en conversaciones que no anime el buen humor, y en momentos en que aquellos á quienes es lícito dirigirlas tengan contraída su atencion á un determinado asunto. Y aun atendidos todos estos requisitos, restará siempre consultar el carácter y la educacion de las personas, las impresiones que accidentalmente modifiquen y determinen su manera de ser, sus gustos, sus costumbres, sus caprichos, y finalmente, la relacion que la chanza que se dirige pueda tener con otras personas que se hallen presentes.

XLVII

Aun cuando la chanza que se nos dirija á nosotros no esté autorizada por las reglas anteriores, recibámosla con afable tolerancia, y no sonrojemos jamás con un frio desabrimiento, ni mucho ménos con palabras destempladas y repulsivas, á aquel que no ha tenido la intencion de desagradarnos, y cuya culpa no es otra que carecer de las dotes de una fina educacion.

La mona, el mono y la nuez.

[FABULA.]

Una mona pequeña
Cogió una nuez un dia,
Y en su verde corteza
Hincó el diente con mucha monería;
Pero haciendo mil gestos,
La fruta al suelo tira,
Diciendo con enfado:
—Mi madre me engañó como á una china;
Pues dijo que eran dulces,

Sabrosas y exquisitas,
Siendo, como ya he visto,
Tan ágrías, y en extremo desabridas.

Un mono que allí estaba,
Cogió con mucha prisa
La nuez, y entre dos cantos
A pocos golpes se la halló partida.
La monda, se la come,
Y dice á la monilla:
—Sábetete que tu madre
Te dijo la verdad, que son muy ricas;
Pero, amiga, es preciso,
Como viste, partirlas,
Que á costa del trabajo
Se logran los placeres de la vida.

*Sírvate de escarmiento
Y ten por regla fija,
Que se engañan aquellos
Que solo ven las cosas por encima.*

BALBINA.

Balbina tendria poco mas de cuatro años, cuando sus padres, aunque tenian mucho gusto al verla á su lado, dispusieron que asistiese á una escuela de párvulos, convencidos de las ventajas de esta hermosa institucion. Aconteció, pues, que un dia que bajaba las escaleras de su casa para ir á la escuela, llevando segun costumbre, su merienda en una cestita, se encontró sentada en los últimos escalones, otra niña de su edad, poco mas ó ménos. Andaba aquella niña pidiendo una limosna por amor de Dios; pero rendida de hambre y de frio, se habia ido á sentar en aquel portal, hasta ver si venia su madre. Balbina sumamente compadecida, sacó las provisiones que llevaba en la cesta, y se las dió á la niña, que sin hacerse de rogar empezó á comer con buen apetito. Pudo Balbina haber subido á su casa á que le diesen otra cosa; mas no lo hizo, y atendido su buen corazon, sin duda fué porque creyó que entonces su accion no tendria tanto mérito. El hecho es, que se fué á la escuela con la cesta vacía, y al llegar la hora de la comida, no sabia qué responder á la maestra que le preguntaba la causa de aquella falta. Balbina nunca se hubiera quedado sin comer, porque otras niñas que la querian mucho, estaban á porfia ofreciéndola de lo suyo; pero á este tiempo, entró una mujer á quien los padres de Balbina habian encargado que estuviese á la mira de ella, cuando iba á la escuela. Aquella buena mujer, que habia observado el suceso de por la mañana, le refirió en alta voz delante de todas las niñas, y entregó la nueva comida que sus padres enviaban á Balbina. Esta recibió muchos elogios, particularmente de la señora maestra, que dándola un besito en cada carrillo, la animó á que se portase de aquella manera y seria amada de sus padres, de ella, y de todo el mundo.

Hércules en el Olimpo.

(FABULA).

Despues que el hijo de Alcmena
A sus trabajos dió cima,
En la mansion de los dioses
Alcanzó categoría.
Marte, Vulcano, Minerva,
Vénus, Juno y Proserpina,
Con frescas rosas ciñeron
Del héroe la sien invicta.
Llegó Pluto; mas al verle
Que la mano le tendia,
Hércules pasó de largo
Irguiendo su frente altiva.
Júpiter le dijo entonces:
¿Por qué su aspecto te irrita?
Y él contestó: porque Pluto
Es el dios de la codicia,
Y siempre ampara á los malos
Que á sus prójimos esquilmán.